

Desde hace ya un tiempo y cada vez con más fuerza escuchamos hablar de las tribus urbanas. Y dentro de ellas, nuevas denominaciones cobran significado: floggers, emos, ravers, cumbieros, rolingas, cultores del rock chabón, etc.

Estos grupos de adolescentes y jóvenes, independientemente de la denominación que los identifique, se reúnen en torno a una visión del mundo, de una cierta ideología; de una estética (peinados, maquillaje, modo de vestir); del gusto por un determinado género musical y con una connotación: la de manifestar la insatisfacción que les genera a los jóvenes el modo en que el mundo se presenta.

Ubicados espacialmente en esquinas, paseos, peatonales o en la entrada y salida de algún shopping, estos adolescentes con edades entre 13 a 20 años, ganan terreno y parecen ser buenos clientes de los medios de comunicación que cotidianamente aluden a conflictos y peleas de estos grupos entre sí y con la sociedad en su conjunto. Pero, ¿cuántos de estos adolescentes están en nuestras escuelas?, ¿qué conocemos realmente de estos grupos?, ¿qué diferencia a estos grupos de aquellos que, en décadas anteriores, muchos fuimos parte?

Para la Lic. en Antropología Constanza Caffarelli (2008), la noción de tribus urbanas, de acuerdo con una primera acepción y más clásica, remite a pequeñas comunidades o clanes, esto es, a grupos unidos por fuertes lazos sociales, económicos, religiosos o de parentesco. En la actualidad la noción de tribu es utilizada, desde la teoría sociológica, como metáfora, y da cuenta de la conformación de grupos de jóvenes que construyen un conjunto de reglas propias, las cuales les permiten distinguirse de otras agrupaciones, y que además definen y comparten un territorio dentro de la ciudad, en la cual interactúan.

Cuando hablamos de adolescencia, hablamos de una etapa de búsqueda de sí mismo, de la propia identidad. Hacer frente a estos cambios internos, repercuten en el exterior, especialmente en las relaciones con los demás. El adulto, primer modelo de idealización, pierde terreno en la vida del adolescente, quien pone su mirada en los grupos de pares. Ahora, amigos y compañeros, ayudan a este adolescente a responder un interrogante: ¿quién soy? Así, en los grupos de pares, los adolescentes se sienten contenidos, escuchados y comienzan a tener un lugar que confirma esa identidad en el proceso de construcción.

Como educadores debemos reflexionar sobre una expresión que cobra en los últimos tiempos gran envergadura: educar para la incertidumbre. Educar para un mundo cambiante. Pero si analizamos realmente la sociedad que estamos mostrando los adultos, a las nuevas generaciones, surgen, en mi opinión grandes contradicciones, donde las formas de inserción y condiciones laborales cambian y por qué no decirlo, se precarizan; las acciones políticas pierden credibilidad, causando en la mayoría de los casos apatía; la participación de estos jóvenes en la sociedad se enmarcan en un mundo consumista de lo que el mercado tiene para ofrecer, etc.

Siguiendo a Caffarelli, los adolescentes y jóvenes necesitan inclusión, pertinencia y reconocimiento: buscan aún sin llegar a expresarlo con palabras, una reducción de la incertidumbre. Dejemos, como adultos, de adjetivarlos como apáticos, abólicos, desinteresados, anímicos, sin inquietudes. Ellos son el resultado de nuestras acciones (o inacciones) como sociedad.

A través de estas formas de agrupaciones, quieren decirnos algo, están expresando algo, a otros jóvenes pero sobre todo, a los adultos. Decodificar ese mensaje, es responsabilidad nuestra, los adultos encargados de la formación de nuestros adolescentes y jóvenes.

No es por el camino de la negación o contraposición que, como docentes, vamos a lograr comprender o interpretar estas nuevas formas de agrupamiento. En el diálogo, la comunicación, está la respuesta.

MARÍA FERNANDA CECCARINI

Lic. en Ciencias de la Educación